

## **CALUGA DESFASADA**

***Recuerdos de uno a quien Carlos Helo casi no conoció.***

*(“Calugas Añejas”, Sergio Guerra)*

*Los Ángeles, USA, enero 3 de 2006*

El Cola de Chicharra debe haber llegado al curso de Carloto Lataillade en la temporada 1945, me parece. Sin ninguna clase de aspavientos, pese a provenir de una familia de *turcos* ricos, avecindados en una de las casas-quintas del polvoriento barrio Independencia cercano al Mirador, cercanos a la residencia del, para mí desconocido pero famoso en el pueblo, ricachón Alamiro Alvarado.

Un muchacho tan desastrado como cualquiera de nosotros, que vestía igual que yo, modesto hijo de paco, con el *paletó* de un terno de pantalón corto debajo del mameluco con pechera y tirantes; zapatos nada nuevos y nunca bien lustrados –como los míos también. De pelo castaño crespo y tan desordenado como todo él; una carucha en la que las arrugas (¿arrugas?) se anunciaban a sus tempranos once o doce años, pues, como su hermano Carlos, era dado a las bromas y a las risas; un hiperkinético revoltoso que a todos nos cayó bastante bien y cuyo apodo de “Col’e chicharra” le venía y, que yo sepa, se le quedó entre los illapelinos de ese entonces y los de quince años más tarde.

Tengo la impresión de que a mi profe, el señor Lataillade no le era antipático, pese a lo desordenado que el Hugo Helo era. Estoy seguro, sí, de que mi maestro esperaba mucho más de él, como todo buen profesor espera de sus discípulos. Lamentablemente la mayoría de nosotros quedaba un poco por debajo de sus esperanzas, pese a sus esfuerzos.

Mas, no es acerca de mi maestro de quien quiero hablar. Es del hermano menor de Carlos Helo, el afamado humorista illapelino recién fallecido, de quien

quiero esbozar los recuerdos (¡y cómo me gustaría también esbozar el recuerdo de las bromas que Hugo Helo era capaz de hacer, decir o actuar!).

Hay personas que portan el sello inconfundible de un futuro. Así como hay un *loco científico* en un pequeño inventor de boberías para jugar, o un *escondido Picasso* en un párvulo que pinta a destajo, hay un humorista debajo de la chasquilla despeinada de un muchacho onceañero.

Los hermanos Carlos y Hugo Helo venían con ese sello. Los conocí a ambos, al menor, Hugo, como compañero de curso en los años 1945 - 1946 y 1947 en la Escuela Uno de Illapel, la mejor de su época y otras venideras, cuando él y otros treinta y tantos *minilolos* de once y doce años formábamos parte del 4°, 5° y 6° años respectivamente del señor Carlos Lataillade, o Carloto como muchos le decían.

Como dije, Hugo llegó a nuestro curso creo que con el comienzo del año escolar 1945. Sabíamos de él que era hijo del Turco Helo, un acomodado comerciante illapelino que integraba, me parece, la conocida firma “Abugoch y Helo” que tenían una tienda en la esquina de enfrente de la Escuela Número 2 de Mujeres, en calle Constitución a una cuadra de Ignacio Silva.

Para provenir de una familia acomodada, nos pareció raro que su familia hubiera elegido nuestra escuela pública y, pese a que hubieran podido enviarlo a estudiar en una ciudad mayor, con más opciones escolares, los papás Helo dejaron a su revoltoso retoño *en la Uno* hasta el final del sexto año, y luego, cuando Illapel tuvo su primer Liceo, en ese Liceo. Para entonces, 1948 adelante, yo era alumno de la Escuela Normal de Copiapó, pero, como es lógico, mis contactos con los ex alumnos de la Uno se mantenían durante las vacaciones. Por supuesto, el siempre famoso Col'e Chicharra era motivo de sus relatos, uno de los

cuales recuerdo muy bien, cuando reían de un apodo que le pusiera a una profesora *no digna* de sus preferencias, sobrenombre con el que se quedó, ligado al pasmo y asombro que mis ex compañeros sentían por las siempre osadas y graciosas bromas de ese loco illapelino: “La Moños de Columpio”. De quien fue la víctima de ese remoquete no tengo idea, como tampoco la tengo de cuál de todos mis apodos fue responsable. A lo mejor él fue quien bautizó a José “Pepe” Díaz como “El Cabeza de Martillo”, o a Pedro Alfaro como “El Boca de Pichel”; acaso a él fue a quien le dio por llamar “Carloto” a nuestro profesor. Su inventiva burlesca era infalible e insaciable.

Recuerdo cuando “tenía *una nueva*”: A veces llamaba a un conciliábulo relámpago y lanzaba, ya fuera como propuesta sin derecho a votación o como *cosa decidida*, su gracioso apodo. Nuestras risas eran el final previsible de tales sesiones ultrarrápidas. Sus dicharachos pasaban a ser de uso permanente en nuestra jerga de curso o de uso obligado de toda la escuela: El “Turco Helo” era nuestra posesión más famosa en los anales de la Uno.

Algo similar sucedía con su hermano mayor, Carlos, a quien conocíamos sólo de nombre en un comienzo. Según recuerdo, eran cuatro hermanos, tres varones (el hermano menor de Hugo, un jovenzuelo de ocho o nueve años de belleza casi femenina) y una hermana, mayor que Hugo, y casi tanto o más bella que su hermanito. En todo caso, demasiado hermosa para nuestras edades e inalcanzable por la misma razón. Se me ocurre pensar que a pesar de nuestras escasas edades teníamos los pies bien puestos sobre la tierra: Cuando la belleza es sólo para ser admirada no vale alentar sueños ilógicos. Por lo mismo, no molestábamos a Hugo acerca de su bellísima hermana.

De seguro que mientras Carlos se preparaba para ingresar a la Universidad, como dice su biografía, era necesario que se aplicara a actividades productivas

*entre tanto*. Yo recuerdo haberlo visto de terno y corbata caminando por Constitución, la calle del comercio, visitando las tiendas de nuestros *turcos*, portando un maletín en su mano. Recuerdo haber dicho también en una de estas calugas que ambos, Hugo y Carlos, fueron los artistas invitados de la inauguración de la cárcel que se construyó en la media manzana en que hacían su aposento los circos de antaño en Illapel, y que Carlos había hecho sus primeras armas como humorista siendo vendedor. Hasta creo ver a sus potenciales clientes (se juntaban varios en la tienda de cualquiera de ellos, pues la llegada de Carlos y su maletín era *llamada a reunión instantánea*) saliendo a la puerta de la tienda sujetándose el vientre, apretados de risa. Y a Carlos, como el borracho en el velorio que no se percata de nada pero que sí sabe la picardía que está cometiendo, semi acodado en el mesón, y abriendo su maletín para sacar las muestras de las mercancías que pretendía vender.

Yo sé que la presencia de Carlos Helo era apetecida por sus *turcos*, pues no sólo Illapel era el centro de sus *correrías* de vendedor. Alguna vez escuché decir que venía llegando de La Serena, o cualquier otra ciudad de la actual Cuarta Región, mientras daba comienzo a sus ventas, que generalmente eran interrumpidas con un “*Cuéntate un chiste, Carlitos*”. Y Carlitos, que era tan buen vendedor como principiante de humorista, no se hacía de rogar. Y contaba no uno, una *chorrera* de chistes. Sin mezquindad, porque como alguien dijo, Helo gozaba tanto como sus espectadores contando un chiste.

Nosotros, que ya nos percatábamos de su gracia (había la copia menor en nuestro curso, ¿no?) a veces teníamos la suerte de que, sin hacerse de rogar, presidiera una reunión centrada en uno de los bancos de la plaza para que nos soltara algunos de su cosecha. El Choche Zamorano, el Pepe Díaz, el Maucho Arcaya, Ronald Galleguillos y hasta Gamita Puño o alguno de los hijos de don Domingo Paredes, el Subdirector de la Escuela Uno, Rubén o Fernando, nos reuníamos a escuchar sus bromas. Carlos no nos conocía a todos, pero a veces

trataba de identificarnos: “A ver, creo que tú eres el “Diente de Conejo”. (Yo) o bien “Cabeza de Martillo” o cualquier otro del que seguramente Hugo le había *soplado* nuestros sobrenombres. En esa nuestra actitud estaba el reflejo de nuestros mayores, que ya comenzábamos a admirar la innegable gracia de Carlos Helo. Sus turcos, de cuyas imitaciones eran quienes mayormente las gozaban, ya estaban diciéndole, como alguna vez escuché, *de metiche* en una de las tiendas de la Calle del Medio, “*Deja las ventas, Carlos, y házte humorista. Te va a ir mucho mejor.*” Como siempre, nuestros avezados comerciantes illapelinos habían sabido olfatear un excelente producto. Y recuerdo que Carlos se quedaba como pensativo, yo creo que un poco desilusionado de que su empeño como vendedor fuera un poco como desviado y la venta no tuviera tanto éxito como sus chistes. A lo mejor eran ideas mías, yo recién tenía doce años, un intruso incorregible que andaba siempre metido donde no lo llamaban, y el que llegara a ser el famoso Carlos Helo de la radio primero y luego de la televisión (a esas alturas de nuestra época la televisión apenas estaba siendo inventada en Yanquilandia), no tenía la más mínima idea de quién era aquel mocoso flacuchento que se quedaba riendo de las bromas y mirando cómo los tenderos se retorcían de risa con sus cuentos, contados con su cara de viejecilla risueña, su boca de labios delgados estirada en una sonrisa y sus ojos semicerrados, también gozando de la alegría contagiosa que su presencia y sus relatos producían.

Los dos hermanos Helo que yo conocí ya no existen: Hugo murió muy joven, cuando recién comenzaba una promisoriosa carrera en la TV, me parece que en los años en que José Alfredo Fuentes era el ídolo al que las lolas buscaban en un programa del que Hugo fue actor y que creo se llamaba “*¿Dónde vive el Pollo Fuentes?*”. Antes de esa época alcancé a visitarlo un día en la sucursal del Banco del Estado de calle Puente, en Santiago, donde Hugo trabajaba, casi veinte años después de conocerlo a su llegada a mi curso. Me reconoció, me hizo una broma de la que apenas me acuerdo y no supe más de él: Nunca fui adicto a *andar de sombra* de algún famoso.

A Carlos lo encontré uno de esos días en que yo andaba metido no sé por qué en la Radio Portales (sí sé, pero no viene al caso). Feliz de encontrar a un illapelino (no era tan importante que fuera ya un cómico famoso, como que fuera mi coterráneo) me acerqué a saludarlo; le expliqué haber sido compañero de curso de Hugo en Illapel. Pese a que ya era dueño de la fama que los comerciantes illapelinos le auguraban, no me dejó con la mano estirada ni me dijo que *estaba apurado*. Yo era un paisano del Choapa, que había conocido a su hermano, y dedicó un rato a hacer recuerdos; intentó ubicarme dentro de los suyos (no diré que lo haya conseguido) y después de un *“Mucho gusto, me voy porque tengo un programa”* nos despedimos.

Tampoco nunca más volví a verlo, a no ser como el resto de los chilenos, por la televisión. Pero con una orgullosa diferencia a mi favor: Él, ese artista que nos hacía reír con sus chistes y bromas, era de mi pueblo. Allí, en sus calles la mayoría polvorientas, yo lo había visto caminar, maletín en mano, y lo había seguido por las tiendas de turcos para escuchar sus primeros chistes. Chistes que talvez nunca hicieron más famoso a Illapel, pero que nos dieron la satisfacción de poner el sello de propiedad que le ponemos a aquellos que consideramos nuestro cuando dejan bien puesto el nombre de la **Patria Chica**.